

Materia larga daba de esperanza
 El próspero suceso nunca oído,
 Y la virtud, el brio y la pujanza
 Del inclito don Juan esclarecido:
 Y perder desde allí la confianza
 Los turcos, era caso muy sabido,
 La cual, cuando una vez hiere y lastima,
 Para mas de otras ciento desanima.

Entre alegres coloquios el lucero,
 Mensajero fiel de la mañana,
 Salió guiando el carro placentero
 De aquel que nuestra vista hace ufana;
 Después el luminoso carretero
 Desplegó sus cortinas de oro y grana;
 La noche, viendo lumbre tan hermosa,
 Al punto volvió el rostro de envidiosa.

Ya mi lengua, mi pluma y mi cuidado
 Silencio y quietud me están pidiendo,
 En premio del trabajo que han pasado
 Por tanto mar conmigo discurriendo;
 Y mas que á tomar puerto soy forzado,
 Porque infaliblemente comprendo
 La mudanza de tiempos que se ofrece,
 Y á tierra y cielo amenazar parece.

Veo las amistades mas perfetas
 Vacilar y romper su estrecho nudo,
 Y escapar la cerviz los mahometas
 De entre los filos del cuchillo agudo;
 Veo encarados páldos cometas
 Apresurando de su efeto crudo
 La ejecucion, que perdonar no sabe
 La sangre y casa donde el cepiro cabe.

Veo su fuerza unir Saturno y Marte
 Contra el angosto reino lusitano,
 Y andar soberbio el áfrico estandarte
 Las quinas arrastrando del cristiano;
 Veo el septentrion por otra parte
 Inclinarse en favor del luterano,
 Y veo un bastardo, con intentos viles,
 En su patria mover guerras civiles.

Y veo de la Iglesia el fundamento
 Sustentarse con sola una columna,
 Una roca de fe, que en firme asiento
 Está opuesta á las ondas de fortuna;
 Un Argos velador con ojos ciento,
 Pastor del que dió luz á sol y luna;
 Un Hércules famoso en largos siglos
 Por domador de monstruos y vestiglos.

Oh gran Filipe, rey y señor nuestro!
 Pues esto con verdad de vos se canta,
 La intencion recibid del siervo vuestro
 Que al humilde servicio se adelanta;
 Y pues os escogió el sacro maestro
 Por fiel escudo de su esposa santa,
 Él prospere y alargue vuestros dias,
 Como conserva los de Enoc y Elias.

Y si los que le restan á mi vida,
 Que está á vuestra memoria consagrada,
 Dieren lugar á que la voz despida,
 Fiando que de vos será escuchada,
 Yo cantaré la gloria á vos debida
 En citara tan dulce y acordada,
 Que suenen en el mundo sus acentos
 Mientras le diereu ser los elementos.

VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE

DEL GLORIOSÍSIMO

PATRIARCA SAN JOSEF,

ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA,

POR EL MAESTRO JOSE DE VALDIVIELSO,

CAPELLAN DEL ILUSTRÍSIMO CARDENAL DE TOLEDO, DON BERNARDO DE SANDOVAL Y ROJAS, Y EUZARABE EN SU SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

A DON GABRIEL SUAREZ DE TOLEDO,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DEL ILUSTRÍSIMO DE TOLEDO MI SEÑOR, ARCEDIANO DE MADRID, Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, ETC.,

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

Si fué costumbre de los sabios de la antigüedad, guardada con no menos piedad y religion que supersticion y vanidad, después de edificar templos, consagrar aras, encender fuegos y quemar inciensos á la mentirosa deidad de las fabulosas Musas, ofrecerles las olorosas flores y sabrosos frutos de sus perpétuos trabajos, adornando sus templos de los despojos de sus divinos ingenios, los inventores de las cosas, colgando las que con el tiempo y á pesar suyo descubrieron, y los que no las inventaron, sino que añadieron á las inventadas las perfecciones con que las hermosearon; los que redujeron los hombres de la vida agreste á la política, las reglas y preceptos con que los enseñaron; los que sacaron á luz los premios y las penas, las leyes con que ilustraron sus repúblicas; los que dieron artes á las ciudades, libros á las escuelas, armas á los soldados, y instrumentos á los oficiales y labradores, todos ofrecieron las primitivas espigas de sus logradas cosechas, significando en los pequeños dones el debido agradecimiento de los grandes ánimos á los beneficios recibidos, sacrificándolos á las que creian se los habian hecho: no parecerá en mí despropósito, ya que no puedo edificar altares, levantar pirámides y consagrar colosos, debidos, no á las musas que fingió la gentilidad, sino á las verdaderas y cristianas que en vuestra merced tan dignamente hicieron su templo y academia, ofrecer del mal cultivado jardin de mi estéril ingenio, no frutos sazonados y sabrosos, sino las primitivas flores, que, si por tempranas y locas (pues no aguardan los nueve años que manda Horacio) las persiguere el cierzo requemado de las lenguas maldicientes, por consagradas á las virtudes, letras, religion y nobleza que en vuestra merced gloriosamente se ilustran, conservarán su frescura á pesar del tiempo y de la envidia. Vuestra merced las favorezca con el amor y afabilidad con que siempre ha hourado mis cosas, pues lo que tienen de bueno se vuelve á quien después del cielo se lo ha dado, y de un tan grande servidor bien se puede recibir un don tan pequeño, y mas acompañado de un grandísimo amor, que es quien me da sus alas para ampararme de las de su favor de vuestra merced, cuya persona nuestro Señor guarde, y en dignidades aumente á medida de tantos merecimientos, que serán mas que las que sin ella piden mis deseos.—EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO.

PROLOGO AL LECTOR.

AUNQUE parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybila, con que quiere hacer callar los cerberos ladrones, que con sus aullidos pretenden ensordecir los oidos atentos al canto suave de la soberana poesia y escurecer con el

PROLOGO AL LECTOR.

Aunque parece sobrada excusa la que dan todos los que escriben en verso, por parecerles que es la sopa de la Sybila, con que quiere hacer callar los cerberos ladrones, que con sus aullidos pretenden ensordecir los oidos atentos al canto suave de la soberana poesia y escurecer con el

humo de sus ignorancias los trabajos ajenos, haciendo delicto á la virtud, vicio al honor, y deshonra á la gracia, pues por tal la desean todos y alcanzan pocos; no quiero dejar de excusarme, y entre muchas que puedo dar, la principal de haber escrito en verso, es ser mandado de quien es razon sea obedecido. El año de 1597, el licenciado Alonso Lobo, racionero y maestro de capilla entonces de la Santa Iglesia de Toledo, y agora de la de Sevilla, y íntimo amigo mio (cuyas alabanzas merece mejor que escucha, y yo conozco mejor que lisonjeo, pues no solo nuestra España, Italia y Flándes, mas todo el mundo admira su habilidad, desea sus obras y se honra con sus trabajos, como de maestro que lo es de todos), siendo como tal llamado por el religioso convento del célebre santuario de nuestra señora de Guadalupe, con otros combenecidos y insignes músicos desta Santa Iglesia, para la traslacion de unas santas reliquias, quiso hacerme participante de tan dichosa romería, la cual hicimos con no menos gusto que devocion, siendo todo en extremo. La capilla donde se trasladaron, se dedicó al patriarca San Josef, de quien es devotísimo el muy reverendo padre fray Gabriel de Talavera, prior dignísimo que á la sazón era de aquella santa casa, el cual lo mostró bien en la sumptuosidad del edificio, en la grandeza del gasto, en las riquezas del ornato y en la diversidad de cosas que para hacer mayor la fiesta tenia prevenidas, solemnes procesiones, devotos altares, curiosas fuentes, elegantes versos, públicas alegrías, artificiosos fuegos, luminarias, toros, danzas, máscaras e invenciones, publicando todo un religioso regocijo y devota fiesta. La cual acabada, por hacérmela, me mandó que de todas hiciese un epitome para que su majestad y otros principes viesen el orden que en la traslacion se habia tenido y una suma de la vida del glorioso Santo. Yo estimando por favor su peticion, quise mas atreverme al caudal corto de mi pobre ingenio, que á la obediencia debida á tan justo mandato; y juntando á él un deseo, que habia algunos años que me atormentaba, de ver deste angélico Varon alguna cosa digna de la devocion que por toda la cristiandad se iba dilatando, teniéndome por su no menor devoto, ya porque el cielo quiso honrarme con su nombre, ya por haberle escogido por mi particular abogado, me determiné á mas de lo que mis flacas fuerzas podian, confiando que supliria mis faltas sugeto tan heróico y causa tan de todo el cielo, y especial de su Santísima Esposa, á quien supliqué me favoreciese, pues tanta parte le cabia del servicio que intentaba hacer á su Esposo carísimo. Empecé esta obra con mas faltas que yo quisiera; que no es posible no tenerlas, ni que cuando le faltaran, faltara quien se las pusiera. Cree de mi deseo quisiera que no tuviera ninguna. Este recibe, que si eres devoto de tan gran Santo, tú le agradecerás, y yo tu reprehension; y si no lo fueres, no quiero tu enmienda ni tu agradecimiento. Advierte que casi todo lo que digo del glorioso Santo, es sacado de las divinas letras y de santos y autores gravísimos, añadiendo algunas consideraciones piadosas y discursos poéticos. Estoy por decir lo que el no menos docto que cortesano Cayo Lucilio, de quien (después de haberle canonizado por tal Tullio en el II de *Oratore*) refiere que le pesaba de que sus obras llegasen á manos de varones muy doctos y de hombres muy ignorantes, porque los unos no le entendian, y los otros le entendian. Y solo digo que me pesaria que fueses de los últimos, y que temo que seas de los primeros; seas el que fueres, te ruego que no juzgues este libro hasta que le hayas leído, porque no serian de tí como de ciertos envidiosos ignorantes, que, no pudiendo decir mal de algunas cosas mías, por haber parecido bien, publicaron que eran ajenas, haciendo su dueño á quien desto sabe poco, cosa para quien le conoce y me conoce muy de risa; y de otros (si ya no son los mismos) que antes de haber visto este libro tienen dicho que es malo. Porque llegando un hombre no conocido mio á pedirle en casa de un librero donde yo estaba, y diciendo el librero que los estaba aguardando, que dentro de dos ó tres dias se le daria, vinieron á tratar de mis cosas, y el librero dijo algun encarecimiento deste libro. El otro, haciendo un poco de acedo con la boca, dijo que no sabia qué tal era, pero que un amigo suyo, que le tenia, le habia dicho que no le habia parecido bien. Yo entonces dije que á mi me habia parecido lo mismo, porque no estaba escrito á mi gusto. El librero le preguntó que dónde se habia comprado. El otro respondió que entendia que aqui en Toledo ó en Valladolid, donde se habian vendido muchos. Sonreimonos, y el librero le dijo: Por Dios, señor, que han engañado á vuestra merced; porque el libro aun no está acabado de imprimir, y así no se puede haber vendido ni parecido mal ni bien. El hombre se halló algo encogido, y mas de que supo que era trabajo mio; y no me vi en poco para sacarle del en que se hallaba. Todo esto puede uña mala intencion; si sin ella me juzgaros, me sugeto á tu correccion; y todo lo que en él digo, á la de nuestra madre la Santa Iglesia romana. *Vale.*

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF.

CANTO PRIMERO:

Del nacimiento del glorioso patriarca San Josef.

El Varon justo, el Padre virgen canto,
Escogido por padre verdadero
Legal de Cristo, el que naciendo santo,
Sacudió el yugo del tirano fiero;
El Viceparaclito sacrosanto
Que hizo sombra á la sombra del primero,
Al misterio mayor que gozó el mundo,
De hacerse carne el que es de tres segundo.

La voz es ronca, toco el instrumento,
Ardua la empresa y casi incomprehensible,
Rudo mi ingenio, corto mi talento
Para hallar pié en un piélagos imposible;
Quien su nombre me dió, me dé su aliento,
Y del fuego que goza inaccesible,
Con un ascua me toque pecho y labios,
Para que él quede casto y ellos sabios.

Seráfico Josef, varon glorioso,
Custodia del intacto paraíso,
Que llevó el árbol de la vida hermoso
De quien su amparo y padre hacerte quiso;
Guarda mayor del Todopoderoso,
Que con acuerdo de su eterno aviso
Te hizo digno esposo de su Madre
Y del que es de Dios hijo te hizo padre:

Oh siempre virgen! Oh admirable santo!
Oh Josef justo y nuevo patriarca,
Criador de aquel que con divino espanto
Es el Criador de cuanto el cielo abarca;
Tú, que fuiste en el mar de nuestro llanto
Piloto fiel de la virginea barca,
Que de lejos, por bien del hombre hambriento,
Trujo el pan, de los ángeles sustento;

Tú, cuya boca dulce nectar bebe
De la fuente infinita sempiterna,
De quien no nueve hermanas, coros nueve
Beben gloriosos su dulzura eterna;
Tú, que al divino Apolo, que al sol mueve,
Hecho pastor en su puericia tierna,
Escuchaste su voz sonora y clara,
Mi ingenio rudo y lengua tosea ampara.

Temiendo entre cobardes esperanzas,
Con pecho humilde y santo atrevimiento,
Espero del favor que en todo alcanzas
Que has de inspirarme soberano aliento;
Y así, daré en tus muchas alabanzas
La navicilla al mar, velas al viento,
A tí mi pluma, á tu consorte el pecho,
En su fuego castísimo deshecho.

Vos, Virgen bella, que del sol vestida
Pisais con blancos piés la trina diosa,
Y con lucees de gloria enriquecida
Estáis gozando del que os hizo hermosa,
Dad á mi justo intento nueva vida,
Regid mi pluma torpe y temerosa;
Suenen mi voz en dulce y grave estilo,
Del patrio Tajo al inundante Nilo.

Ved, Virgen hermosísima, que canto
De la mitad del alma que os anima,
Del que por la virtud del yugo santo
Es dueño de quien Dios por Madre estima;
Del que fué vid, que en admirable espanto
Entre sus ramas vió la carpa opima
Exprimida en la Cruz por bien del suelo,
Porque embriague su dulzura al cielo.

No invoco las Castalias Hipocrenes,
Las Cirreas aguas ni la compañía
De Polimnias, Eratos, Melpomenes,
Su canto grave y dulce melodía;
No que me cina las indignas sienes
El laurel que lloró el autor del día;
La gracia os pido á vos, llena de gracia,
Y callará el de Smirna y el de Tracia.

De cuatro deste nombre se halla escrito
En quien justicia y equidad habia:
El que vendido fué virey de Egipto,
El natural señor de Arimatia,
El que al apostolado del prescito
Entró por justo, en suertes con Matia;
Uno casto, otro justo, otro piadoso,
Y el nuestro, en todo, mucho mas glorioso.

Que si guardó el pan rubio el mal vendido,
Del sol, luna y estrellas adorado,
El nuestro del Criador dellas servido,
Al pan que come Dios tuvo guardado;
Si el otro dió con pecho enternecido
El sepulcro en que Dios fué sepultado,
El nuestro dió de su adorada el pecho,
De donde el infinito nació estrecho.

Si el otro mereció por sobrenombre
Llamarse el Justo, que le vino al justo,
Al nuestro se le da Dios por renombre,
Y á boca llena dice del que es justo;
Si otro que tuvo aqueste dulce nombre,
Por cantor pudo dar al cielo gusto,
El nuestro fué maestro de capilla
Del coro que ante el niño Dios se humilla.

Del tribu de Judá fué descendiente,
De la real sangre y la progenie clara
Del que no menos cuerdo que valiente,
Mereció de Michol la beldad rara;
Fué de lo ilustre de la antigua gente
Que para su escogida Dios declara,
De reyes nobles, de varones justos,
Sabios en paz y en batallar robustos.

Fué de Josef el padre verdadero
Jacob, aunque de Eli fué hijo llamado,
Y fué de Eli legitimo heredero,
Porque Eli con su madre fué casado;
Que era ley justa y conservado fuero
Que suceda en la vinda que ha dejado
El hermano mayor el que es segundo,
Y resucite su linaje al mundo.

Sin que su mujer noble fuese madre,
Eli pasó la barca del olvido;
Jacob, por ver que á la ley justa cuadre,
De la que era cuñado fué marido;
Casó con ella, y fué de Josef padre,
Y aunque engendrado de Jacob ha sido,
Quiere Jacob que hijo de Eli se nombre,
Resucitando de su hermano el nombre.

Aunque aquesta razon es suficiente
Para quitar la duda misteriosa,
Otra hay no menos que esta concluyente,
Donde el ingenio con quietud reposa,
Y es que hallará cualquiera diligente,
Que Eli y Joaquin es una misma cosa,
Que los dos nombres son nombres de un hombre
Que se llame Joaquin, y Eli se nombre.

Y como en nuestra España llama el yerno
Padre al que es padre de su amada esposa,
Por ser un nombre regalado y tierno
Que dice la aficion mas amorosa;
Así el nutricio de su autor eterno,
Que pudo merecer la toda hermosa,
Siendo de Joaquin yerno, fué llamado
Su hijo, y como tal del suegro amado.